

Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 8

Las Obras Misionales Pontificias



Tema 4

OBRA PONTIFICIA DE SAN PEDRO APÓSTOL



OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

PRESENTACIÓN

El elevado número de vocaciones que se registra en las jóvenes Iglesias de los llamados países del Tercer Mundo es una realidad que las frías estadísticas se empeñan, con su bendita tozudez, en ratificar año tras año. Según el *Anuario Estadístico de la Iglesia*, existen en el mundo 112.244 seminaristas mayores, la mayor parte en las empobrecidas naciones del Sur. De hecho, 37.166 se encuentran en América; 27.265 en Asia; 20.994 en África y 911 en Oceanía. El resto, 25.908, son vocaciones surgidas en la vieja Europa, concentradas principalmente –dato a considerar– en las Iglesias del oriente europeo.

Y no son las únicas. No se puede olvidar a la hora de hacer este fructífero recuento vocacional a los más de 25.000 novicios y novicias, juniors y junioras, que se están formando en las congregaciones religiosas, ni a la legión de catequistas que con su apoyo y esfuerzo están desempeñando una importante y callada labor para la propagación de la fe y de los valores evangélicos en los territorios de misión. Existen actualmente en todo el mundo casi dos millones y medio de catequistas, la mayor parte de éstos ayudando a los sacerdotes y misioneros en la atención y el servicio de las comunidades cristianas de estas jóvenes Iglesias.

Además, estas cifras del número de seminaristas, realmente impresionantes, lo resultan mucho más cuando se constata que en los últimos veinte años vienen aumentando con el paso del tiempo. De hecho, las ordenaciones sacerdotales de hoy representan un 50% más que las verificadas hace veinticinco años. Los seminaristas mayores son tres veces más que hace un cuarto de siglo. Y, por si fuera poco, el relevo parece estar garantizado, ya que los seminarios menores se encuentran a rebosar de los miles y miles de muchachos que están en una fase inicial de formación y discernimiento vocacional. Es África el continente que se lleva la palma en cuanto al número de estos seminaristas con, ni más ni menos, que 45.370 jóvenes en seminarios menores; le siguen Asia, con 24.665, América, con 20.331, y Oceanía, con 303.

Toda esta realidad choca frontalmente con el descenso de vocaciones que se da en Europa, con 250.859 sacerdotes en 1961 y 206.761 en 2001; en América del Norte y en este mismo período se pasa de 71.725 a 57.988 sacerdotes.

En España, expresión muy significativa de las Iglesias del occidente europeo, la crisis de vocaciones es patente en gran parte de las diócesis y especialmente notable en algunas regiones. Los 1.699 seminaristas mayores del curso 2002-2003 se ven reducidos a 1.597 en el 2003-2004. En los seminarios menores también hay un descenso: de 1.786 en el curso 2002-2003 se pasa en el siguiente a 1.653. Y si nos fijamos en las congregaciones religiosas, las cifras son todavía peores.

Al mismo tiempo, sin embargo, hay que constatar otra realidad altamente gratificante. No sólo España, sino Europa, de la que han salido tantos misioneros que han dejado su vida entregados al anuncio de Jesús en toda la geografía de la primera evangelización y en ayuda a las Iglesias jóvenes, se ven ahora rejuvenecidas por la aportación de sacerdotes, religiosos y religiosas que llegan desde ellas para cooperar con nuestras Iglesias particulares en la atención a las comunidades cristianas y a las obras de tantas congregaciones religiosas en el abanico de necesidades que presenta nuestra sociedad.

Desde la realidad

Desde estos datos nos podemos preguntar:

1. ¿A qué se debe tal situación?
2. ¿Qué indican o ponen de manifiesto estos hechos?

I. Un poco de historia

El expansionismo colonial de Europa creó un complejo de superioridad cultural, técnica e industrial que, no sin frecuencia, encubría un orgullo racial, del que también eran víctimas los misioneros, hijos, al fin, de esta Europa ufana de su esplendor y de sus conquistas. Sacrificados y hasta heroicos por mil conceptos, muchos de ellos se habían dejado ganar, inconscientemente, por este complejo de superioridad y hablaban de los pueblos que evangelizaban como “pobrecitos salvajes”.

Esta “educación en el menosprecio” de las culturas y religiones de Asia, África y Oceanía, se dejaba sentir en las filas de los católicos “piadosos”. Para la “piedad” de la época, era inconcebible que “la dignidad del sacerdocio” pudiera ser conferida a los “pobres salvajes” de las misiones. Además, los políticos e industriales de ese tiempo veían mal la promoción en las colonias de todo tipo de liderazgo, incluido el religioso. La formación de sacerdotes y de obispos nativos, de religiosos y de religiosas autóctonas, les parecía un peligro para el inmediato o lejano futuro.

Bien que negativos, estos eran “los signos de los tiempos”. Pero Dios no permanecía neutral ante ellos, ya que muchos valores entraban en juego, a comenzar por el de la igualdad fundamental de todos los hombres y por el igual derecho y dignidad de todos los bautizados en la Iglesia. Y en esa línea iban los criterios del magisterio de la Iglesia. “Más quiero la ordenación de un sacerdote indígena, que la conversión de 50.000 infieles”, había confesado Inocencio XI. Y Benedicto XV se rebela ante la dolorosa constatación de la existencia de “regiones a las que desde hace siglos ha sido llevada la fe católica, pero en las que no se encuentra un clero nativo preparado”.

Sin embargo, estos llamamientos caían en el vacío o, peor aún, encontraban en muchos “piadosos” una sorda resistencia. Pero el Espíritu del Señor suscitó un profeta, una seglar –Juana Bigard– que, a una con su madre, afronta este grave problema del sacerdocio y

del episcopado en los territorios de misión, y así consagran sus bienes y energías, su vida toda, a la propagación del Evangelio por medio de la formación de sacerdotes y de hombres y mujeres consagrados a la vida religiosa en los territorios de misión.

Inmediatamente pone su firme voluntad, su espíritu organizativo y su celo ardiente al servicio de este ideal, y mendiga entre conocidos y amigos ayuda para estos fines, fundando muy modestamente en 1889 la “Obra para la Formación del Clero Indígena”. Obligada a llevar la dirección central de la Obra fuera de Francia por los obstáculos que el Ministerio del Interior ponía a su reconocimiento civil, la establece en 1902 en Friburgo de Suiza en la casa de las Franciscanas Misioneras de María, en manos de cuyo fundador –el P. Rafael D’Aurillac– se continuó la ardua labor iniciada, consolidada y propagada por esta militante apasionada de la Iglesia.

El año 1922, Pío XI elevó a Pontificia esta “Obra Misional de San Pedro Apóstol en favor del clero nativo de las misiones”, trasladó a la Santa Sede su dirección central y, tres años más tarde, nombró a Santa Teresa del Niño Jesús su patrona celestial.

En cuanto a **su historia en España**, el pensamiento de que esta Obra era rival o, al menos un serio empobrecimiento, de la Obra de la Propagación de la Fe, impidió el que se instaurara y desarrollara pronto en nuestras tierras. En el curso práctico de Organización Misional celebrado en Barcelona en 1928, D. José Gurruchaga hace ver la necesidad de esta Obra y el modo de obrar de la Iglesia respecto al clero nativo en las Iglesias Jóvenes y, nombrado secretario general de la Obra, consagra su vida con absoluta abnegación y entrega infatigable a la causa del clero nativo; labor que se ve intensificada cuando, poco después, ejerce el cargo de Director Nacional de la misma y, siete años después de su erección como Pontificia, presenta el fruto espléndido de 300 seminaristas a los cuales sostiene con becas o pensiones.

Sin embargo, en 1936 esta Obra era aún considerada —en frase de uno de sus más eximios promotores, D. José Artero— “la Cenicienta de las Obras Pontificias”. Para darle el impulso merecido y conseguir que el pueblo cristiano coopere en ella activamente, lanza una gran campaña dirigida de forma especial a los sacerdotes bajo el lema “El Clero de

España por el Clero indígena”. A pesar de todo ello, todavía en 1947 D. Ángel Sagarmínaga, Director Nacional de las Obras Misionales Pontificias, afirma con dolor que esta obra “parece la desheredada, sin tierras propias y alquiladas... y no penetra en la vida cristiana; hemos podido comprobar que no es conocida”.

II. Identidad y objetivos

“La Obra fue fundada para sensibilizar al pueblo cristiano acerca del problema de la formación del clero local en las Iglesias de misión y para invitarlo a colaborar espiritual y materialmente a la formación de los candidatos al sacerdocio” (Estatutos, cap. II; art. II, 15).

“En los últimos tiempos, la Obra ha ampliado progresivamente sus objetivos al conceder también una ayuda para la formación de los candidatos y candidatas a la vida religiosa” (Estatutos, cap. II; art. II, 16).

— Partiendo, pues, de una de las grandes inquietudes de Juana Bigard, el primer objetivo de esta Obra es crear en las comunidades cristianas una conciencia clara sobre la situación de las Iglesias jóvenes respecto a las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, no tanto por su número cuanto, y sobre todo, por lo que ambas suponen para la vida de las propias Iglesias. “Merced a su ministerio —dice Juan Pablo II en la carta apostólica *En este tiempo*, escrita con motivo del centenario de la Obra— *toda la comunidad se cohesionan sobre la base de su participación en el sacrificio redentor de la Eucaristía, recibe en el sacramento de la Penitencia los dones misericordiosos del perdón y de la reconciliación, y la asamblea de los fieles es conducida por los dispensadores de los misterios de Dios*”.

Por esta razón, a la información sobre este tema iba añadida, ya desde sus comienzos, una fuerte dosis sobre la teología del sacerdocio, que, como es lógico, incidía en un crecimiento de la inteligencia y de la estima del ministerio sacerdotal en el ser y hacer de la Iglesia.

— Siguiendo el talante de la fundadora, la ayuda espiritual para que en las Iglesias jóvenes florezcan

las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa ha de ir por el camino del sacrificio —“*Mi Dios*”, decía Juana a un obispo japonés, “*me hace pagar caro el honor de ser la madre de sus sacerdotes*”—; por la oración de agradecimiento —“*Con inmensa alegría*”, dice Juan Pablo II, “*la Iglesia da gracias al Señor por el don inestimable de la vocación al ministerio sacerdotal que Él ha tenido a bien otorgar a tantos jóvenes naturales de los pueblos que recientemente se han convertido a Cristo*”—; y por la ferviente súplica al Padre, pues las vocaciones no surgen ni maduran sino en un clima propicio —“*Desde sus mismos orígenes*”, afirma también el Papa, “*la obra de San Pedro Apóstol pidió a sus colaboradores que invocaran diariamente a la Virgen María con el título de María, Reina de los Apóstoles*”—.

— “No podemos permitir que ni una sola vocación al ministerio sacerdotal se pierda por falta de medios económicos” es la inquietante y angustiosa llamada con que el Papa se dirige a toda la Iglesia, dando pie a la colaboración económica de todos, en la que tanto empeño puso Juana Bigard, para que las vocaciones que nacen de Dios sean solícitamente cultivadas, fortalecidas, formadas.

Y, a renglón seguido, dice algo que debería quedar clavado en el corazón de todos los cristianos, especialmente de los sacerdotes, y que, al mismo tiempo, supone un desafío abierto a la generosidad de la Iglesia de hoy: “Numerosos obispos de los países de misión aportan el testimonio de que, en estos mismos días, más de una diócesis podría ver reducidas a nada sus esperanzas de contar con un clero autóctono, si la Obra de San Pedro Apóstol no les brindara ayuda”. Interminable sería la relación de las diócesis que continuamente se dirigen a la Santa Sede demandando ayuda económica

para ampliar los edificios de sus seminarios y noviciados, y la de aquellas que, con abundantes vocaciones al ministerio sacerdotal, aún no cuentan con su propio seminario.

De hecho, los fondos obtenidos mediante la fundación de becas, principalmente, y otros donativos y co-

lectas, han posibilitado la erección de numerosos seminarios diocesanos mayores y menores, noviciados y casas de formación de religiosos y religiosas, y, sobre todo, la preparación intelectual, espiritual y pastoral de tantos llamados al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada en entrega total al servicio de las comunidades cristianas.

III. Actividades

Además de la animación misionera a través de la revista *Misioneros Tercer Milenio*, la Obra intensifica su labor en momentos clave.

Día de las Vocaciones Nativas. El dinamismo y las intuiciones de D. Ángel Sagarmínaga le llevan a crear en 1948 la “Jornada del Clero Nativo”, anticipándose de esta manera al establecimiento de la misma a escala mundial en 1954. Tal propuesta fue acogida de forma gratificante por muchas diócesis y se incrementó en forma ostensible la colaboración y, sobre todo, el conocimiento de la Obra y la conciencia responsable de muchos cristianos frente a esta necesidad de las Iglesias jóvenes. A partir de entonces, esta Jornada se celebra el primer domingo de mayo, con frutos, aunque crecientes, todavía no muy satisfactorios. Desde 1987, en lugar de permanecer reducida a una fecha aislada, y con el fin de darle un mayor vigor para la consecución de sus objetivos, queda enmarcada en el amplio cuadro de la campaña “Operación Primavera de la Iglesia”, que le ha dado un nuevo impulso para alcanzar las nobles metas que se propone. Dos son las razones por las que se incorporó esta evocación a la jornada:

a) Una primera razón mira al calendario: esta campaña se realiza en plena primavera. En ella todo parece inundado de juventud y de fuerza. En las Iglesias jóvenes se está viviendo hoy una verdadera primavera, porque en ellas son millares los jóvenes que se ofrecen a diario a ser servidores de sus hermanos como sacerdotes o como religiosos.

b) Otra razón es, en el ámbito de la liturgia, la celebración de la Pascua de Jesús, invitación e impulso a asumir, en nuestra existencia de “hombres vie-

jos”, la novedad de una vida en “justicia y santidad de Dios”, que, por la fuerza del Señor Resucitado, nos hace partícipes de la “nueva humanidad”.

Desde el año 2004 esta jornada ha pasado a identificarse con un único nombre: *Día de las Vocaciones Nativas*, para abarcar cualquier vocación que Dios suscita en las personas al servicio de la misión.

Los frutos son fecundos. Independientemente de que, al interior de las comunidades, ha surgido una conciencia más comprometida sobre la necesidad de sacerdotes, religiosos y religiosas autóctonos en las Iglesias jóvenes, éstas ven cómo sus hijos responden, cada vez más numerosos, a la llamada del Señor y se disponen a recibir el ministerio sacerdotal. Más aún: muchas de ellas están dispuestas no sólo a hacerse cargo de la propia vida pastoral mediante los sacerdotes surgidos de entre sus hijos, sino también a participar en la tarea de evangelización fuera de sus fronteras.

Cabe apuntar algunos datos significativos: a) En 1918 –la obra de San Pedro Apóstol contaba ya con algo más de un cuarto de siglo de existencia y trabajo–, los sacerdotes autóctonos de África eran tan sólo 90; hoy, entre diocesanos y religiosos, pasan de los 20.000. En Asia, el clero nativo no alcanzaba aún la cifra del millar; actualmente, los sacerdotes del clero secular y regular sobrepasan los 40.000. b) Las Iglesias de Latinoamérica tienen más de 5.000 misioneros esparcidos por el mundo entero; en Uganda existe un seminario de misiones para colaborar en la evangelización de los países de África y enviarlos a otros continentes; y hay un constante flujo de sacerdotes, religiosos y religiosas de la Isla de Flores, Japón, Filipinas, India, hacia otras latitudes de la geografía misionera.

Para la reflexión personal

Puedes tomar como punto de partida para tu reflexión el siguiente texto de Juan Pablo II en *Pastores dabo vobis* (82):

La promesa de Dios –“os daré pastores según mi corazón” (Jr 3,15)– es todavía hoy viva y operante en la Iglesia, la cual se siente, en todo tiempo, destinataria afortunada de estas palabras proféticas y ve cómo se cumplen diariamente en tantas partes del mundo, mejor aún, en tantos corazones humanos, sobre todo de jóvenes. Y desea, ante las graves y urgentes necesidades propias y del mundo, que en los umbrales del tercer milenio se cumpla esta promesa divina de un modo nuevo, más amplio, intenso, eficaz: como una extraordinaria efusión del Espíritu de Pentecostés.

La promesa del Señor suscita en el corazón de la Iglesia la oración, la petición confiada y ardiente en el amor del Padre, que, igual que ha enviado a Jesús, el buen Pastor, a los apóstoles, a sus sucesores y a una multitud de presbíteros, siga así manifestando a los hombres de hoy su fidelidad y su bondad.

Y la Iglesia está dispuesta a responder a esta gracia. Siente que el don de Dios exige una respuesta comunitaria y generosa: todo el pueblo de Dios debe orar intensamente y trabajar por las vocaciones sacerdotales; los candidatos al sacerdocio deben prepararse con gran seriedad a acoger y vivir el don de Dios, conscientes de que la Iglesia y el mundo tienen absoluta necesidad de ellos; deben enamorarse de Cristo, buen Pastor, modelar el propio corazón a imagen del suyo; estar dispuestos a salir por los caminos del mundo, como imagen suya, para proclamar a todos a Cristo, que es camino, verdad y vida.

Para el trabajo en grupos

Se sugiere tomar dos textos de la Iglesia primitiva y dos realidades actuales, a partir de los cuales abrir el diálogo en el grupo sobre la base de las preguntas que se plantean seguidamente:

– Hch 14,20b-23. De regreso a Antioquía, Pablo y Bernabé visitan las comunidades recién fundadas. Un “sumario” muestra el modo de hacer de los evangelizadores: designar presbíteros o ancianos para la organización incipiente de la comunidad, contando, por supuesto, con la gracia de Dios: oraban, ayunaban y los encomendaban al Señor.

– Tt 1,5-9. Pablo sigue con su costumbre de no poner más que los cimientos de las comunidades. La organización concreta de la Iglesia de Creta corresponde a Tito. La consigna de Pablo es que en cada lugar establezca un responsable, que aquí, más bien, se corresponde con los actuales presbíteros. Establece, además, las cualidades que han de adornar a los candidatos a este ministerio.

– La verdadera pobreza que aflige a la Iglesia mozambiqueña es la carencia de sacerdotes. La comunidad cristiana no ha podido todavía colmar el vacío que se creó con la salida de numerosos sacerdotes extranjeros al proclamarse la independencia nacional en 1975.

– “Estoy en el seminario menor San Kizito –dice un misionero español en Malawi–. Queremos ponerlo en manos de los sacerdotes africanos, pero ya veremos cuándo lo podremos hacer...”.

- 1** ¿Qué es mejor para una comunidad cristiana: estar animada por sacerdotes nativos o extranjeros? Señalad las razones en que fundamentáis vuestra respuesta.
- 2** “Somos responsables de los seminaristas nativos en tierras de misión. También son nuestros”. ¿Por qué?
- 3** En el momento actual, ¿cómo colaboráis vosotros y vuestra comunidad a esta obra de las Iglesias de las misiones, para que los seminarios y centros de formación puedan seguir adelante?
- 4** En vuestra oración y jornadas por las vocaciones, ¿incluís también las de los países de misión?
- 5** ¿Qué podéis hacer en vuestra comunidad para darle a conocer esta Obra y que responda positivamente a esta responsabilidad?

TESTIMONIO

EL CLAMOR DE LAS IGLESIAS JÓVENES

En nuestro seminario de Huanuco (Perú) abundan los alumnos que proceden de las chacras y que tienen poquísimos recursos. Muchos de ellos pagan el seminario con productos del campo: patatas, arroz... o algún animalito. Pero hay otros, sin embargo, que no pueden pagar ni con eso. El problema es entonces para la diócesis, que, con tan poquísimos ingresos, no dispone de los recursos necesarios para hacer frente a los gastos del seminario.

P. ANTONIO LAPUENTE

En el continente asiático los seminarios no dan abasto para atender tantas vocaciones: el número de sacerdotes se ha incrementado en los últimos 25 años en un 65%. Se ha pasado de 27.000 sacerdotes en 1978 a más de 44.000 en nuestros días. Todos se han formado en seminarios que se encuentran repletos. Es el caso de India, donde el incremento medio de vocaciones al sacerdocio es del 5% al año; en Myannar, del 4%; en Corea del Sur, del 2,5%; y en Tailandia, de cerca del 1,8%.

En otros países del continente es la injusta persecución religiosa la que hace crecer el número de vocaciones y conversiones. En más de 50 años de régimen comunista, la población católica china se ha triplicado hasta alcanzar los 12 millones de fieles, y los seminarios oficiales y clandestinos se encuentran llenos. La pobreza y las dificultades —hay seminarios clandestinos que tienen que cambiar de zona cada mes para no ser descubiertos— parecen no frenar la decisión de centenares de jóvenes y adultos. Algo parecido sucede en Vietnam, donde el número de candidatos al sacerdocio es miles de veces superior al de admitidos por el Gobierno en los seminarios oficiales.

El resultado es que muchos jóvenes de estos empobrecidos lugares, que aspiran a ser sacerdotes, religiosos o religiosas, tienen que hacer enormes sacrificios para poder llegar a ser algún día servidores de sus pueblos, especialmente de aquéllos que más lo necesitan.

Todavía estaba en mi adolescencia cuando el Señor sopló su brisa suave en mi vida. Eran los años 80, en pleno desarrollo del “marxismo científico” en mi país, Mozambique. Nosotros no teníamos la libertad de manifestar la fe. Ir a la parroquia significaba ser oscurantista y alienado. Así empezó este largo camino de seguir a Cristo.

Un día mi párroco, que era comboniano, habló de Comboni y de la intuición que tenía de “salvar África con los africanos”. Me quedé alucinado y, al final del encuentro, le dije: “Quiero ser misionero como Comboni”. En aquel momento parecía un juego. Pero no lo era. El me contestó: “Eres niño aún y tienes que crecer; estudia y después veremos”. En aquel instante me pareció que todo había terminado y que el regalo de la fe que había recibido no lo iba a comunicar a los demás.

Así pasaron cuatro años sin interesarse más por el regalo. Cuando recibí la Confirmación, acepté como compromiso dar catequesis a otros. Fue en esta etapa tan importante de mi vida cuando aprendí a dar tiempo al tiempo, a confiar en el Señor y en la vida. En otras palabras, hay que contentarse con los pequeños pasos más que pretender abrazar el infinito abierto. Yo entonces trabajaba y, por algo que ocurrió, me pusieron en la cárcel junto con mis compañeros. Antaño funcionaba así la justicia en Mozambique: primero vas a la cárcel y después se investiga el hecho. Para mí fue un momento de gracia, porque un día uno de los presos me ofreció la Biblia, aunque no me conocía, y me invitó a leer Lc 4,17-19: *“El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido. Me ha enviado a llevar la buena noticia a los pobres, a anunciar la libertad a los presos...”*.

Mi experiencia como misionero comboniano me ha enseñado que es necesario que todas las mañanas se despierte uno como un recién nacido y cuando llegue la noche se dejen en la percha las preocupaciones del día.

P. CONSTANTINO BOGAIO

ORACIÓN

*Te damos gracias y te alabamos, Padre santo,
que constituiste a tu único hijo Jesucristo
sacerdote de la Alianza Nueva y eterna
por la unción del Espíritu Santo,
y determinaste, en tu designio salvífico,
perpetuar en la Iglesia su único sacerdocio.*

*Te damos gracias y te alabamos, Padre Santo,
porque Jesús, tu Hijo,
no sólo ha conferido el honor del sacerdocio real a todo tu pueblo santo,
sino que también, con amor de hermano,
ha elegido a hombres de este pueblo,
para que, por la imposición de las manos,
participen de tu sagrada misión.*

*Te damos gracias y te alabamos, Padre santo,
porque ellos renuevan en nombre de Cristo
el sacrificio de la redención,
y preparan a tus hijos el banquete pascual,
donde el pueblo santo se reúne en tu amor,
se alimenta con tu palabra
y se fortalece con tus sacramentos.*

*Te damos gracias y te alabamos, Padre santo,
porque tus sacerdotes, al entregar su vida por Ti
y por la salvación de los hermanos,
van configurándose a Cristo,
y así dan testimonio constante de fidelidad y de amor.*

*Te damos gracias y te alabamos, Padre santo,
porque, entre nuestros jóvenes de hoy,
de las Iglesias de antigua tradición y de las jóvenes,
sigues eligiendo quienes se entreguen generosamente
al servicio abnegado de la comunidad cristiana
y al anuncio del Evangelio entre quienes aún no lo conocen.*

*Te damos gracias y te alabamos, Padre santo,
te bendecimos y te adoramos por medio de Jesús,
sacerdote eterno, siervo obediente y pastor de los pastores. Amén.*